

tanto amor, sino que le correspondo con ofensas y crímenes.

¡Espíritu divino, Espíritu de amor! mudad mi corazón, ilustradlo, para que, conociendo mis ingratitudes, comience desde ahora á amar como debo á mi Dios. Amén.

Sigue la Letanía del Espíritu Santo y la oración á la Sma. Virgen. como el día primero.



Día Sexto

(Himno como el primer día)

Meditacion

Efectos principales
que produce el Espíritu Santo en las almas.

PUNTO PRIMERO.—Los que han sido engendrados por el Espíritu Santo en el ser de gracia por el bautismo, se hacen semejantes al Espíritu Santo y por medio de sus inspiraciones los va levantando á tanta altura y santidad, que se pueden como él, llamar *espíritus*. Así lo dice expresamente Cristo Señor nuestro á Nicodemus: *Lo que ha nacido de carne, carne es, y lo que ha nacido de espíritu, espíritu es*. Así, pues, el que nace del Espíritu Santo por la generación espiritual, es semejante á él, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participación de la divina naturaleza, y en virtud de los cuales se puede llamar *espíritu*, esto es, hombre espiritual, semejante al Espíritu Santo. Por esto dijo San Agustín: "Si naces del Espíri-

tu Santo, serás como él es y en virtud suya podrás vivir en carne, como si estuvieres libre del cuerpo, ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido en caridad, obrando en fin, como el Espíritu Santo obra."

PUNTO SEGUNDO.—*El Espíritu Santo*, continúa diciendo Jesucristo á Nicodemus, *inspira donde quiere; oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni á dónde va: así es todo hombre que nace del Espíritu*. Efectivamente, el Espíritu Santo obra con absoluta libertad, pues inspira donde quiere. No lo obliga la fuerza, no el temor, no el interés. Y esa misma libertad, la libertad de los hijos de Dios, es la de los justos que perfectamente han nacido del Espíritu Santo. Con su inspiración hacen lo que quieren, no lo malo ni lo vano, ni lo impertinente, pues el Espíritu Santo no mueve á esas cosas; sino cosas buenas, santas y provechosas. Y esas cosas las hace al justo con suma libertad de espíritu, no forzado como esclavo, no con repugnancia ó tédio como los tibios, ni por miedo del infierno, como los imperfectos, ni aun por interés del premio, sino porque quiere agradar á Dios, por lo mucho que le ama. Así es como se verifica lo de San Pablo: *Donde es-*

tá el Espíritu de Dios, allí hay libertad.

PUNTO TERCERO.—Para obrar con toda libertad y para hacer lo que se quiera, es necesario tener cierta plenitud de poder, cierta participación de la omnipotencia divina; y este es precisamente el carácter del que recibe con plenitud al Espíritu Santo. El justo hace siempre lo que quiere. Pero ¿qué es lo que quiere? No tiene voluntad propia, porque su voluntad es la de Dios, y la de su divino Espíritu y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios. Por eso dijo San Buenaventura: «Los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes, para hacer lo que quieren.

¿Quién no apetecerá hacer en todo su propia voluntad, haciendo al mismo tiempo la de Dios?

ORACION

¡Oh Dios, de bondad inefable! ¿Qué riquezas y qué prerrogativas serán comparables á las que comunicais al que plenamente recibe vuestro divinísimo Espíritu? El, sin dejar de vivir en esta carne mortal, se espiritualiza, porque se hace semejante al Espíritu que recibe; participa de la liber-

tad del mismo Espíritu, obrando con la santa libertad de los hijos de Dios, é identificando su voluntad con la de Dios, hace en todo su voluntad propia. Concededme, Dios y Señor mío, que recibiendo y poseyendo al Espíritu Santo en mi corazón, goce esos sus caracteres y prerrogativas, y especialmente, haced que me determine desde hoy á renunciar á mi voluntad propia, á no querer sino lo que vos queréis, no por fuerza, ni por temor, ni por interés, sino por puro amor vuestro. Amén.

La Letania del Espíritu Santo y la Oración de la Sma. Virgen, como el primer día.



Día Séptimo

(Himno como el primer día)

Meditacion

De los dones del Espíritu Santo en general.

PUNTO PRIMERO.—Los dones del Espíritu Santo, según Santo Tomás, son "hábitos sobrenaturales que nos disponen á obedecer prontamente al Espíritu Santo." La lengua católica llama á estas gracias *dones*, esto es, favores por excelencia, de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Pero qué, ¿las brillantes cualidades de los ángeles y de los hombres, las magnificencias de la tierra y de los cielos, no son todas ellas sin excepción, beneficios del Espíritu Santo? Sin duda alguna, "No hay, dice San Basilio, criatura alguna, visible ó invisible que no deba al Espíritu Santo lo que tiene." Pero ninguno de esos favores se llaman dones del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque los dones del Espíritu Santo aventajan en excelencia á todas las maravillas criadas, humanas y angélicas, visibles é in-

visibles; á todas las virtudes naturales, morales y sobrenaturales. Ah! esos dones tienen tanta riqueza, que la ínfima parte de ellos, vale más que el universo entero, según, explica Santo Tomás.

PUNTO SEGUNDO.—¿Quién podrá medir la grandeza del beneficio de los dones del Espíritu Santo? Dar la vida natural á un ángel y á millones de ángeles, á un hombre y á millones de hombres, á un ser cualquiera y á millones de seres, volver la vista á un ciego y á millones de ciegos, el oído á un sordo y á millones de sordos, el movimiento á un paralítico y á millones de paralíticos; todos estos son sin duda beneficios, inmensos beneficios. Pero recoger de entre la basura en que se arrastra á este gusanillo que se llama hombre y después comunicarle la vida misma de Dios, y llenar su entendimiento de luces divinas, y su corazón de sentimientos divinos y su voluntad de fuerzas sobre humanas, para hacer el bien y vencer el mal, hé ahí beneficios y beneficios muy superiores á los primeros.

PUNTO TERCERO.—Estos dones lo son del Espíritu Santo y no del Padre ó del Hijo, porque son propios del que es la caridad misma de Dios, el amor en persona. A la manera que en la naturaleza física no

hay más que un sol, principio del calor y de la vida; así en el mundo moral no hay más que un principio santificador, el Espíritu Santo.

Poseer los dones del Espíritu Santo y con ellos todo lo que hay de más rico en los tesoros de la gracia, ¡qué felicidad y qué gloria! ¡Perderlos, qué vergüenza y qué desdicha! ¡Con cuánta solicitud debemos cuidar de no perder la gracia! ¡Con cuánto empeño debemos procurar recuperarla si la hemos perdido!

ORACION

¡Espíritu Criador y Santificador! Por más que desde lo profundo de la abyección en que me encuentro me reconozco indigno de esos dones que transforman al hombre y lo deifican, vuestra bondad misma que es infinita, me da valor para pedir os humildemente me concedáis la participación de vuestros divinos dones. Levantad á este gusanillo que se arrastra sobre la tierra, comunicadle esa vida divina que dais á aquellos á quienes os comunicáis en abundancia: para que, venciendo el mal con todas las energías de mi voluntad, y obrando el bien con todo el ahinco de mi corazón

pueda merecer la corona de la inmortalidad. Amén.

Sigue la Letanía del Espíritu Santo y la oración á la Sma. Virgen. como el día primero.



Día Octavo

(Himno, como el primer día.)

Meditacion

De los tres primeros dones del Espíritu Santo en particular, Sabiduría, Entendimiento y Consejo.

Preludio para esta meditación.

El Espíritu Santo nos aparta del mal, con los siete dones, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones, segun lo expresa San Gregorio en estas palabras: «Contra la necedad nos arma la sabiduría; contra la rudeza el entendimiento; contra la precipitación el consejo; contra la ignorancia la ciencia; contra la pusilaminidad la fortaleza; contra la dureza de corazón la piedad y contra la soberbia el temor.»

De modo que estos siete dones son armas ofensivas y defensivas, que nos dá el Espíritu Santo, contra las principales rai-

ces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan. Veamos esto en cada don en particular.

PUNTO PRIMERO —*La Sabiduría*, como don del Espíritu Santo, son las razones conque nos persuade para hacernos gustosos y apetecibles los bienes celestiales, de modo que les tomemos sabor y gusto, pues *sabiduría* viene de *sabor*, como sabe al paladar y le es deleitable lo que es dulce y sabroso. Así es como, por el don de sabiduría, se combate ese tédio y hastío que tenemos de las cosas de Dios y que San Gregorio llama estulticia ó necedad; porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estimación alguna de las cosas eternas. Deja esas cosas de Dios que le enfadan y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná suspiraban por las ollas de Egipto.

PUNTO SEGUNDO.—Otras tentaciones proceden de la rudeza y obscuridad que tenemos en las cosas de la fé, de donde nacen dudas, vacilaciones, desconfianzas y tibiezas, así en el creer como en el obrar. Contra estas tentaciones nos favorece el Espíritu Santo, por medio del don de *Entendimiento*, arrojando en nuestro espíritu ilus-

traciones, y rayos de luz que disipan esas tinieblas y nos llenan de gozo y de reposo en lo que creemos.

PUNTO TERCERO.—Otras tentaciones nos vencen, por ser indiscretos y precipitados en nuestras determinaciones, ó por falta de prudencia, ó porque esas tentaciones nos cogen desprevenidos sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el don de *Consejo*, inspirándonos con especialísima providencia el medio de que nos hemos de valer para vencerlas. Así inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que quería hacerlo caer en pecado.

ORACION

¡Oh Espíritu vivificador! ¿Cómo podré en lo sucesivo creer que por mí mismo soy capaz de alguna acción, de algún movimiento bueno? Sin vuestro auxilio, sin vuestro don de sabiduría, yo no podré ni apetecer las cosas de Dios: sin vuestro don de entendimiento, me dominarán las tinieblas que el pecado ha arrojado en el alma, y sin vuestro don de consejo, seré indiscreto, imprudente y precipitado en mis resoluciones, equivocando y trastornando todo el órden que debo seguir para bien obrar

Dádme, Señor, estos santos dones, para apetecer, juzgar y querer practicar con gran deseo todo lo que sea la voluntad de Dios, y para que haciendo en la vida su voluntad santísima, consiga el premio que tiene prometido á los que la practican. Amén.

La Letanía del Espíritu Santo y la Oración de la Sma. Virgen, como el primer día.



Día Noveno

(Himno como el primer día.)

Meditacion

De los dones de Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios.

PUNTO PRIMERO.—La ignorancia, el engaño del mundo y de nuestros demás enemigos, y aun el olvido, ó inadvertencia, son muchas veces causa de perder la gracia por el pecado. Contra estas tentaciones viene el Espíritu Santo, Maestro divino, á socorrernos con el don de *Ciencia*, ilustrándonos con sus inspiraciones, para hacernos conocer las astucias del demonio, los artificios del mundo y las seducciones de la carne. En este caso hace también oficios de Maestro, haciéndonos recordar las verdades que son más á propósito para vencer á esos enemigos, aficionándonos á esas verdades que nos enseña ó recuerda.

PUNTO SEGUNDO.—Sucede muchas veces al alma entrar en una terrible lucha entre sus propios sentimientos; entre el deber

y el temor, como cuando, si no se hace una acción que importa pecado mortal, se perderán los bienes, la honra ó la vida, sucumbiendo entonces el hombre, por flaqueza de ánimo. Para evitar esas caídas por debilidad, acude el Espíritu Santo con el don de *Fortaleza*, robusteciendo con su gracia nuestro cobarde corazón, y animándole á padecer cualquier mal temporal por evitar el eterno. Así lo hizo con los mártires, quienes antes que faltar á su fé, sufrieron valerosamente el martirio.

PUNTO TERCERO.—De la dureza de nuestro corazón procede no tener compasión de nuestros prójimos, ni inclinarnos á hacer el bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen; por el contrario, se levantan ímpetus de ira, de impaciencia, que se desatan en injurias y venganzas. Contra estas tentaciones nos ayuda el Espíritu Santo con el don de *Piedad*, ablandando nuestro corazón, dulcificando nuestro carácter y moviéndonos á compasión y caridad.

Por último: contra las tentaciones que nacen de soberbia, presunción y vanidad, nos arma con el don de *Temor* de Dios, arrojando con su ilustración sentimientos que nos hacen reflexionar y temblar por los juicios de Dios y sus castigos, repri-

miendo así nuestro orgullo y vanidad. Pidamos este santo temor, á ejemplo de David, cuando decía: "Penetra, Señor; tras-pasa mis carnes con tu santo temor."

ORACION

¡Oh Espíritu Santísimo! Qué grandes son mis miserias y necesidades, y con cuánta frecuencia me veo atribulado y combatido de ellos! Pero también, cuánta es la eficacia de vuestros auxilios, y de auxilios tan oportunos como los de vuestros inefables dones! ¡Gracias os doy por las armas que me habéis dado contra mis crueles enemigos y por la solicitud con que me asistís y movéis para librarme de ellos! Teniendo á Vos por ayuda, ¿á quién temeré? ¿Siendo Vos mi luz y mi ilustración, por quién temblaré? *Pónme junto á tí y arme guerra cualquiera contra mí.* Bien pueden venir del demonio tentaciones para derribarme, si vuestros auxilios me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros vuestras santas inspiraciones para que no quede sepultado entre mis miserias. Amén.

La Letanía del Espíritu Santo y la Oración de la Sma. Virgen, como el primer día.

Día Décimo

(Himno como el primer día)

Meditación

Del modo cómo el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles el día de Pentecostés.

PUNTO PRIMERO.—Diez días después de su Ascensión cumplió Jesucristo la promesa hecha á sus Apóstoles, de enviarles el Espíritu Santo. *Cuando se cumplieran los días de Pentecostés, dice San Lucas, estaban todos congregados en un mismo lugar. Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento impetuoso y llenó toda la casa en donde estaban sentados, y aparecieron unas lenguas repartidas, como de fuego, que reposaron en cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, según el Espíritu Santo hacía que hablasen.*

Hé aquí la sencilla historia, referida por San Lucas, del asombroso acontecimiento que transformó á los Apóstoles, de rudos, ignorantes y carnales, en hombres espirituales, elocuentes y consumados en sabidu-

ria, santidad y celo; capaces de transformar el mundo y de cambiar la faz de la tierra.

Nosotros celebramos hoy el aniversario de ese acontecimiento, no solo recordando su memoria, como sucede cuando celebramos otras festividades, sino esperando se repita en nosotros. Así, esta festividad es muy distinta de las demás; pues en aquellas damos gracias á Dios por los misterios pasados, y que no subsisten más que en sus efectos; mas en la de Pentecostés, solemnizamos además un misterio que se renueva continuamente en la Iglesia y que se reproducirá en el alma de los fieles hasta el fin del mundo. Podemos, pues, pedir y esperar, en virtud de los méritos de Jesucristo y con la misma confianza de los Apóstoles, la venida del Espíritu Santo sobre nosotros y la comunicación de sus dones; si no en toda la extensión con que ellos lo recibieron, porque no tenemos su misma misión, si en cuanto convenga al bien espiritual de cada uno.

PUNTO SEGUNDO.—*Vino con estruendo y como viento impetuoso.* Como viento ó aire, porque el Espíritu Santo obra por inspiración, dándonos la vida espiritual de la gracia, y así Jesucristo *sopló* sobre sus Apóstoles cuando les dijo: *Recibid el Espíritu Santo.* Como viento vehemente, para significar el ímpetu y fervor con que mueve

á las obras de virtud; con fuerza, pero no fuerza que violenta la voluntad, sino suave y amorosa, que hace obrar con grande gusto y espontaneidad, con esa prontitud enemiga de tibieza y perezas, pues como dice San Ambrosio: "La gracia del Espíritu Santo no admite tardanzas."

Ese viento vehemente causó un estruendo que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por ellos tales obras, que tienen resonancia en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, á veces por sus milagros, y sobre todo, por la fuerza de su predicación, como se vió en los Apóstoles de quienes fué dicho que *en toda la tierra se oyó su sonido y en los confines de ella se oyeron sus palabras.*

PUNTO TERCERO.—Apareció en forma de fuego, para significar que, así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube hácia arriba y es muy unitivo, haciendo que todo se transforme en sí mismo, esto es, en fuego, así el Espíritu Santo, purifica las almas consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro de las virtudes las sustancias viles de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas. Alumbra los entendimientos con una luz sobrenatural, tan excelente, que hace ver con certeza las verdades y misterios de la fé. Enciende las voluntades con el ardor de la

caridad, abrasándolas en el amor de Dios y de los prójimos, Levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales. Finalmente, enciende cuanto toca, comunicando á otros sus virtudes y asimilándose los por la caridad.

Apareció por fin, en forma de lenguas, y no en forma de corazones de fuego, porque no se daba á los Apóstoles para que sólo ellos amasen y se convirtiesen en fuego, sino para que con sus lenguas, movidas del divino Espíritu, predicaran al mundo la ley de Cristo y su muerte y pasión.

¿Vendrá el Espíritu Santo sobre nosotros el día de hoy, y obrará los maravillosos efectos que en los Apóstoles congregados en el Cenáculo? Pidámoslo con instancia y fervor, y no desoirá nuestros ruegos.

ORACION

¡Espíritu divino; Espíritu vehemente, que sois todo fuego y todo amor! ¿Será posible que despues de haber meditado las riquezas inefables que comunicais á quien os recibe dignamente, me quede yo tan indigente y miserable como hasta ahora he sido? ¿Esos incendios de amor divino que han derretido tantos corazones y que los han transformado en hogueras purísimas, serán insuficientes para calentar, ó para mover siquiera este corazón helado, este

corazón de roca? No sea así, Espíritu vivificador: muévaos á piedad esta alma tan digna de vuestra compasión, esta alma redimida á costa del inmenso sacrificio de un Dios hecho hombre.

Si para obtener estas gracias es necesario orar, infundidme el Espíritu de oración y orad Vos conmigo; si es necesario gemir por mis faltas y delitos pasados, Vos tenéis gemidos inefables que robustezcan mis débiles peticiones é inclinen en mi favor las divinas misericordias; si por último, soy ignorante, vicioso y carnal, Vos podéis transformarme en un hombre del todo nuevo, como transformasteis á los apóstoles.

Venid pues, oh Espíritu divino, y comience desde hoy para mí vida una nueva era, una era de gracia, como comenzó para el mundo que estaba sentado en las sombras y las tinieblas de la muerte.

Y después de haberos pedido estas gracias que tanto para mí necesito, os pido por la Iglesia, por el actual Pontífice, por el Episcopado, por la unión de los fieles entre sí, y por la de los que se han separado de esa unión, pidiéndoos todo esto según las intenciones de nuestro Smo. Padre. Para que unidos todos en el espíritu de unión y caridad, os alabemos y bendigamos en unión del Padre y del Hijo, durante el tiempo y por toda la eternidad. Amen.

HIMNO.

Veni Creator Spiritus.

Ven, oh Creador Espíritu
Visita nuestras almas,
Llenando á tus criaturas
De gracia celestial.

Consolador benéfico,
Del Altísimo dádiva,
Viva fuente, amor, fuego
Y unción espiritual.

De la paterna mano
Promesa soberana,
Los lábios enriqueces
Con ciencia de verdad.

Ilustra los sentidos
De amor el pecho inflama,
Fortaleciendo el cuerpo
Con virtud perennal.

Ahuyenta al enemigo
Y paz infunde al alma;
Siendo tú nuestra guía
Huiremos todo mal.

Logremos por tí al Padre
Y al hijo venerar,
Y á tí, de ambos Espíritu,
Crear en toda edad.

A Dios Padre la gloria
Y al Hijo sea dada,
Y al Paráclito Espíritu
Por una eternidad.

HIMNO.

Veni Creator Spiritus.

Ven, Espíritu Santo, enamorado,
Visita de tus siervos las potencias,
Llena de tus divinas influencias
Y de gracia las almas que has criado,
Tu eres abogado y fiel consuelo,
Don de Dios soberano y excelente,
Caridad, fuego hermoso, viva fuente
Y espiritual unción del cielo.

Tú, que con siete dones resplandeces,
De la diestra del Padre poderoso
Eres dedo, promesa, don gracioso,
Que las lenguas de voces enriqueces.

Enciende tu luz bella en los sentidos
Infunde al corazón tu amor ardiente,
Con virtud roborando permanente
Los desmayos del cuerpo padecidos.

Ahuyenta al enemigo mas perverso,
Dáenos pronto la paz firme y constante:
Siendo nuestro Adalid, yendo adelante:
Evitemos así todo lo adverso.

Concédenos que al Padre conozcamos
Por tí, y al Hijo amado confesemos,
Y á tí, Espíritu de ambos, venerémos,
Y en todo tiempo firmes te creamos

Sea gloria á Dios Padre Omnipotente
Al Hijo Soberano, que glorioso
Resucitó triunfante y victorioso,
Y al Espíritu Sto. eternamente. Amen.

HIMNO.

Veni Sancte Spiritus.

Venid ¡oh Santo Espíritu!
Y envid desde el cielo
De tu luz sacrosanta
Un puro rayo que penetre el pecho.

Venid, Padre de pobres,
Venid, liberal dueño
De celestiales dones;
Venid, del corazón amante fuego.

Del pecho atribulado
Consolador excelso;
Y del alma afligida
Refugio suave, dulce refrigerio.

Descanso en los trabajos,
En el bochorno intenso
De la aflicción, alivio,
Y del llanto dulcísimo consuelo

¡Oh bienaventurada
Luz de esplendor eterno!
Llenad á vuestros fieles
Del corazón los más profundos senos.

Sin Vos, solo es el hombre
La nada, de que fué hecho:
Todo sin Vos es nada,
Pues sin Vos nada hay santo, nada recto.

Lavad lo que está inmundo,
Regad lo que está seco;
Y, Médico divino,
Sanad en mí lo mucho que hay enfermo.

Doblegad lo inflexible,
Y fomentad lo yerto
De mi amor: á Vos vuelva
Lo que en mí se desvía de su centro.

Dad al que en Vos confía,
Dad á vuestro fiel siervo,
De celestiales dones
El septenario número de efectos.

Dadnos de las virtudes
El mérito y el premio;
Dad salud á nuestra alma,
Y dadnos finalmente gozo eterno.
Amén. Aleluya.





004